

Los pequeños grandes libros. — 2

ELÍSEO RECLÚS

El porvenir de

nuestros hijos

EDITORIAL ATLANTE

CONTINUADORA DE LAS PUBLICACIONES

GRANADA

344 — DIPUTACIÓN — 344

BARCELONA



EL PORVENIR DE NUESTROS HIJOS

Los pequeños grandes libros.—2

ELÍSEO RECLÚS

El porvenir de nuestros hijos



EDITORIAL ATLANTE

CONTINUADORA DE LAS PUBLICACIONES

GRANADA

344 — DIPUTACIÓN — 344

BARCELONA

El porvenir de nuestros hijos

I

¡Cuán egoístas somos! En nuestros anhelos de revolución, raro es que pensemos más que en nosotros mismos. Exponemos las quejas de las clases trabajadoras, sobre todo las de los hombres, que son los más fuertes; reivindicamos para ellos el derecho a los instrumentos de trabajo y al producto íntegro de su labor; exigimos que se haga justicia. Comenzando a saber que somos el número y la inteligencia, sentimos surgir en nosotros la voluntad de obrar y, en la semiconsciencia de nuestra fuerza, nos preparamos para la próxima revolución.

Si nos sintiésemos los más débiles, viles como somos en mayoría, mendigaríamos aún la migaja que cae de la mesa de los reyes.

* * *

Mas, por encima del hombre hecho, por desgraciado que sea, está el niño.

Ese ser débil no tiene derechos y depende del capricho, benévolo o cruel.

Nada le protege contra la necesidad, la indiferencia o la perversidad de los que son sus amos.

¿Quién lanzará, pues, en su favor el grito de libertad?

* * *

En la sociedad actual, toda autoridad es ejercida de amo a esclavo, siguiendo una ley lógica.

Dios reina en las alturas, imperando por encima de los cielos y delegando sus poderes en la tierra al más fuerte, sacerdote o rey, Hildebrand o Bismarck.

Debajo están los sátrapas de todo nombre, gobernadores y subgobernadores, generales y capitanes, jefes y subjefes, presidentes y vicepresidentes, todos doblando el espinazo ante un superior, todos hinchándose el pecho de orgullo ante sus súbditos: por un lado la adoración, por otro el desprecio, aquí el mando, allá la obediencia.

Desde Jacob no se ha encontrado nada mejor; la sociedad no es otra cosa que una serie de escalones que bajan de Dios al esclavo y continúan hasta los infiernos. Los infiernos, los abismos de tormentos, no son sino el símbolo de lo que tienen que sufrir los vencidos y los débiles.

* * *

Y entre esos débiles figuran los niños, que son los grandes burros de carga.

Pido a los hombres sinceros que se acuerden de

sus jóvenes años. O bien fueron desgraciados por sí mismos, o bien, si fueron mimados, si las primeras luchas de la vida fueron fáciles para ellos, vieron sufrir a los pequeños camaradas, y con sufrimientos irremediabiles, contra los cuales era inútil toda rebelión: ¿qué podían hacer contra las violencias y las burlas, los viles insultos de los grandes?

Nada, sino amasar poco a poco en su corazón un tesoro de venganza que, al ser grandes a su vez, gastan quizá en molestar a otros niños.

* * *

Por otra parte, por tiernos que sean los padres, por mucho que se sacrifiquen por la dicha de sus hijos, han de sufrir a su vez las condiciones que les crea la sociedad en que viven y someter igualmente a ellas a sus descendientes.

Sabido es hasta qué punto estas condiciones son duras para el pobre.

Es menester que el hijo del famélico entre muy joven en la fábrica, que se haga demasiado pronto el siervo de la máquina formidable que teje la lana y aplasta el hierro. No sólo ha de obedecer a los amos, a los contramaestres, a los obreros innumerables, sino que además se halla esclavizado a los rodajes, cuyos movimientos ha de observar para regular los suyos propios. No se pertenece; todo gesto se hace en él un simple mecanismo, toda sombra de lo que hubiera podido ser el pensamiento no es en él sino un acompañamiento de la obra del monstruo impulsado por el vapor.

* * *

Así es como se eleva al estado de hombre, cuando la fatiga, la miseria, la anemia, no ponen un rápido término a su vida de fracasado.

Enfermo del cuerpo, pobre de inteligencia, sin ideas morales, ¿qué puede ser de él y cuáles son sus alegrías?

Groseras, brutales sensaciones que no le despiertan un momento sino para dejarle caer de nuevo, más entorpecido, más incapaz de escapar a su esclavitud.

¡Y los legisladores se ocupan todavía de vez en cuando de regular «el trabajo de los niños en las fábricas!»

* * *

Con arreglo a estas leyes, que se tiene la audacia de alabar como maravillas de humanidad, ningún patrono tiene derecho a hacer trabajar al niño más de doce horas y a privarle del sueño de por la noche «sino en casos excepcionales».

Y la excepción, ya lo sabemos, se convierte siempre en la regla.

Tanto vale decir que está permitido envenenar, mas sólo en pequeñas dosis; asesinar, mas a fuerza de golpes pequeños.

II

Pero admitamos que, en adelante, el trabajo de los niños en las fábricas sea prohibido; lleguemos a suponer que los padres reciban una pensión del Estado, a cambio del corto salario que el patrono daría al niño.

En lo sucesivo, la escuela estaría abierta, y la educación sería completa para todos, para el hijo del pobre como para el del rico.

Ahora que la escuela es laica, la fórmula religiosa ha sido reemplazada por una fórmula gramatical, las sentencias latinas incomprensibles han sido reemplazadas por palabras de nuestro idioma que no son más claras.

* * *

Poco importa que el niño comprenda o no; es menester que aprenda algún formulario trazado de antemano.

Después del absurdo alfabeto que le hace pronunciar las palabras de otro modo que como las lee (1) y le acostumbra de antemano a todas las necesidades que le son enseñadas, vienen las reglas gramati-

(1) Téngase en cuenta que esto se dice en Francia, y que en francés las palabras no se pronuncian como están escritas.

cales, que recita de memoria, luego las bárbaras nomenclaturas que llaman geografía, luego el relato de crímenes reales conocidos con el nombre de historia.

¿Y cómo la criatura, aun la bien dotada, puede andando el tiempo, desembarazar su cerebro de todas estas cosas, que se hicieron entrar en él por fuerza, a veces con ayuda del látigo y del trabajo excesivo?

Por otra parte, ¿no tienen esas escuelas su esclavitud, horas de clase y barrotes en las ventanas?

¡Si se desea educar a una generación libre, es menester comenzar por destruir las prisiones llamadas colegios y liceos!

* * *

¡Socialistas, pensemos en el porvenir de nuestros hijos más que en la mejora de nuestra situación!

Nosotros mismos, no lo olvidemos, pertenecemos más al mundo del pasado que a la sociedad futura. Por nuestra educación, nuestras viejas ideas, nuestros restos de prejuicios, somos aún enemigos de nuestra propia causa; la señal de la cadena se ve aún en nuestro cuello.

Pero tratemos de salvar a nuestros hijos de la triste educación que nosotros mismos recibíáramos; aprendamos a educarles de modo que se desarrollen en la más perfecta salud física y moral; sepamos hacer de ellos hombres como nosotros quisiéramos ser.

* * *

No lo olvidemos ; el ideal de una sociedad se realiza siempre.

La sociedad burguesa actual, representada completamente por el Estado, ha hecho por la educación precisamente lo que quería hacer.

Porque, ¿qué hace el Estado de los niños sin familia que a su cargo toma ?

Sabido es. Los reúne en hospicios, en donde, mal alimentados, mal cuidados, sucumben la mayoría ; luego toma el resto y los educa para hacer de ellos soldados, carceleros, polizontes.

He ahí su obra. Y la sociedad por él representada está satisfecha de ella.

* * *

En cuanto a nosotros, cuando nos llegue nuestra vez, que llegará sin duda, cuando podamos obrar y hacer lo que queramos, nuestro principal objeto será preservar a nuestros hijos de todas las miserias que nosotros sufriéramos.

Tengamos la firme resolución de hacer de ellos hombres libres, nosotros que aun no tenemos de la libertad sino la vaga esperanza.

La Anarquía y la Iglesia

I

La conducta que el anarquista ha de observar con respecto al hombre de Iglesia, está de antemano trazada; mientras que curas, frailes y demás detentadores de un pretendido poder divino se hallen constituidos en liga de dominación, tiene que combatirlos sin tregua, con toda la fuerza de su voluntad, con todos los recursos de su inteligencia y su energía.

Esta lucha no ha de ser un obstáculo para que se guarde el respecto personal y la buena simpatía a cada individuo cristiano, budista, fetichista, etc., etc.

Principiemos por libertarnos, trabajemos en seguida por la libertad de nuestro antagonista.

Lo que se debe temer de la Iglesia y de todas las Iglesias, nos lo dice clarísimamente la historia, y no hay excusa acerca de este punto; todo error o mala interpretación, es inaceptable; más aun, es imposible. Somos aborrecidos, execrados, malditos, vémonos condenados a los tormentos del infierno, lo que es indudablemente peor, somos señalados a la vin-

dicta de las leyes temporales, a la venganza particular de los carceleros y de los verdugos y aun a la originalidad de los atormentadores que el Santo Oficio, viviente todavía, mantiene en los calabozos. El lenguaje oficial de los papas, formulado en sus recientes bulas, dirige expresamente la campaña contra los «insensatos y diabólicos innovadores, los orgullosos discípulos de una pretendida ciencia, las personas delirantes que piden la libertad de conciencia, los que desprecian todas las cosas sagradas, los aborrecibles corruptores de la juventud, los obreros del crimen y de la iniquidad». Anatemas y maldiciones dirigidos de preferencia a los hombres revolucionarios que se denominan libertarios o anarquistas.

* * *

Muy bien; lógico es que los que se llaman y se tienen por consagrados al absoluto dominio del género humano, creyéndose poseedores de las llaves del cielo y del infierno, concentren toda la fuerza de su aborrecimiento contra los réprobos, que niegan sus derechos al poder y condenan las manifestaciones todas del poder ese. «¡Exterminio! ¡Exterminio!» Tal es, como en los tiempos de Santo Domingo y de Inocencio III, la divisa de la Iglesia.

Oponemos, a la intransigencia de los católicos, idéntica intransigencia, mas como hombres, y como hombres inspirados en la ciencia, no como taumaturgos y verdugos.

Rechazamos terminantemente la doctrina católica,

de igual modo que la de todas las religiones a fines : luchamos contra sus instituciones y sus obras ; no proponemos desvanecer los efectos de todos sus actos.

Pero sin odio de sus personas, porque sabemos que todos los hombres se determinan por el medio en que sus madres y la sociedad los colocaran ; no ignoramos que otra educación y otras circunstancias menos favorables habrían podido embrutecernos también, y lo que principalmente nos proponemos, es desarrollar para ellos, si es tiempo todavía, y para las futuras generaciones, otras condiciones nuevas que curen por fin a los hombres de la locura de la cruz y demás alucinaciones religiosas.

Muy lejos de nosotros está la idea de vengarnos, cuando haya llegado el día en que seamos los más fuertes : no habría cadalsos ni hogueras bastante para vengar el infinito número de víctimas que las Iglesias la cristiana especialísimamente, sacrificaran en nombre de sus dioses respectivos, en el transcurso de la serie de siglos de su ominosa dominación.

Por otra parte, la venganza no se cuenta entre nuestros principios, porque el odio llama al odio, y nosotros sentimos animados del más vivo deseo de entrar en una nueva era de paz social. El decidido propósito que nos impulsa, no consiste en hacer uso de « las tripas del último sacerdote para ahorcar al último rey », sino en buscar la manera de impedir que nazcan reyes y curas en la purificada atmósfera de nuestra ciudad nueva.

Nuestra obra revolucionaria contra la Iglesia, empieza lógicamente por ser destructora antes de poder ser constructiva, sin embargo de ser independiente entre sí las dos fases de la acción, aunque bajo diversos aspectos, según los distintos medios.

Sabemos, por otra parte, que la fuerza es inaplicable para destruir las creencias sinceras, las cándidas e ingenuas ilusiones, y por lo mismo no intentamos penetrar en las conciencias para arrancar de ellas las perturbaciones y los sueños fantásticos; mas podemos trabajar con todas nuestras energías a fin de separar del funcionamiento social todo lo que no esté de acuerdo con las verdades científicas reconocidas; podemos combatir sin descanso el error de todos los que se figuran haber encontrado fuera de la humanidad y del universo un punto de apoyo divino, que permite a ciertas especies de parásitos erigirse en intermediarios místicos entre el creador ficticio y sus pretendidas criaturas.

* * *

Ya que el temor y el espanto fueron siempre los móviles que a los hombres subyugaron, como reyes, sacerdotes, magos y pedagogos lo han venido a reconocer y a repetir en distintas formas, luchemos sin reposo contra ese vano terror de los dioses y de sus intérpretes, por medio del estudio y de la serena y clara exposición de las cosas.

Combatamos todos los embustes que los beneficiarios de la antigua necesidad teológica han propagado en la enseñanza, en los libros y en las artes,

y no descuidemos la oposición al infame pago de los impuestos directos e indirectos que el clero extrae de nosotros.

No permitamos que se construyan templos pequeños ni grandes, cruces, estatuas votivas y demás fealdades, que deshonran y envilecen poblaciones y campiñas; agotemos el manantial de esos millones que de todas partes afluyen al gran mendigo de Roma y hacia los infinitos submendigos de sus congregaciones, y por último, valiéndonos de la propaganda diaria, arrebatemos al cura los niños que se les da a bautizar, los adolescentes varones y hembras que confirman en la fe por la ingestión de una hostia, los adultos que se someten a la ceremonia matrimonial, los infelices a quienes inician en el vicio por la profesión, los agonizantes a quienes llenan de terror en los últimos momentos de la existencia.

Descristianicémonos y descristianicemos al pueblo.

II

Pero, se nos objetará, las escuelas, ~~ata~~ las que se denominan laicas, nos referimos a las de la nación francesa, cristianizan la infancia, es decir, toda la futura generación.

¿Y cómo cerraremos esas escuelas, si nos encontramos ante padres de familia que reivindican la «libertad» de la educación por ellos elegida?

¡He aquí que a nosotros, que siempre estamos hablando de libertad, que no comprendemos al individuo digno del nombre de libre sino en la plenitud de su altiva independencia, se nos opone también la «libertad»!

Si la palabra respondiese a una idea justa, deberíamos inclinar la cabeza con respeto para ser consecuentes y fieles a nuestros principios; pero esa libertad del padre de familia es el rapto, la simple apropiación del hijo, que es dueño de sí mismo, y que se entrega a la Iglesia o al Estado para que a su antojo lo deformen.

Se asemeja esa libertad a la del burgués industrial que dispone, gracias al jornal, de centenares de «brazos» y los emplea del modo que le conviene, en trabajos pesados o embrutecedores; es una libertad como la del general que hace que maniobren a su capricho las «unidades tácticas» de «bayonetas» o de «sables».

El padre, heredero convencido del *pater familias*

romano, dispone por igual de hijos e hijas para matarlos moralmente, o, lo que es aun peor, para envilecerlos.

De estos dos individuos, padre e hijo, virtualmente iguales para nosotros, el más débil tiene derecho preferente a nuestro apoyo y defensa, a nuestra decidida solidaridad contra todos los que le hagan daño, aun cuando entre ellos se cuenten el padre y hasta la madre que le diera a luz.

* * *

Si, cual ocurre en Francia, por una ley especial, por la opinión pública impuesta, el Estado niega al padre de familia el derecho de condenar a su hijo a perpetua ignorancia, los que de corazón estamos de parte de la generación nueva, sin leyes, por la liga de nuestras voluntades, haremos cuanto dependa de nosotros para protegerla contra la mala educación.

Que el niño sea reprendido, pegado y martirizado de mil modos por sus padres; que sea tratado con mimo y envenenado con golosinas y mentiras; que sea catequizado por hermanos de la doctrina cristiana, o que aprenda, con los jesuítas, una historia pérfida y una moral falsa, compuestas de bajeza y crueldad, el crimen es siempre el mismo.

Y nos proponemos combatirle con la misma energía y constancia, solidarios siempre del ser sistemáticamente perjudicado.

No hay duda que mientras subsista la familia bajo su forma monárquica, modelo de los Estados que

nos gobiernan, el ejercicio de nuestra firme voluntad de intervención hacia el niño contra los padres y los curas, será de cumplimiento difícil.

Mas, por esa misma razón, deben dirigirse en tal sentido nuestros esfuerzos, porque no existe el término medio: se ha de ser defensor de la justicia o cómplice de la iniquidad.

* * *

En este punto plantéase también, como en todos los restantes aspectos de la cuestión social, el gran problema discutido entre Tolstoy y otros anarquistas respecto a la resistencia o no resistencia al mal.

Opinamos, por nuestra parte, que el ofendido que no resiste, entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y los ricos.

Resistamos sin odio, sin rencor ni ánimo vengativo, con la dulce serenidad del filósofo que reproduce exactamente la profundidad de su pensamiento y su decidida voluntad en cada uno de sus actos.

Téngase bien en cuenta que la escuela de hoy, tanto si la dirige el sacerdote religioso como si la regenta el sacerdote laico, va franca y declaradamente contra los hombres libres, cual si fuese una espada, o mejor, como millones de espadas, pues se trata de preparar contra todos los innovadores todos los hijos de la nueva generación.

Comprendemos la escuela, lo mismo que la sociedad, «sin Dios ni amos».

Y por consiguiente, parecennos funestos todos esos antros donde se enseña la obediencia a un Dios, y

sobre todo a sus pretendidos representantes los amos de todo género curas, reyes, funcionarios, símbolos y leyes.

Reprobamos así las escuelas en que se enseñan los supuestos deberes cívicos, es decir, el cumplimiento de las órdenes de los erigidos en mandarines y el aborrecimiento a los habitantes del otro lado de las fronteras, como aquellas otras en que a los niños se repite que han de ser como «báculos en manos de los sacerdotes».

Sabemos que las dos clases de escuelas son funestas y malas en igual medida.

Y cuando fuerza tengamos para ello, cerraremos unas y otras.

* * *

«¡Vana amenaza!—dirán algunos con ironía.— No sois los más fuertes, y todavía dominamos los reyes, los militares, los magistrados y los verdugos».

Así parece.

Mas todo ese aparato de represión no nos da miedo, porque también la verdad es una fuerza poderosa que descubre los horrores que se ocultan en las tinieblas de la maldad; lo demuestra la historia, que se desarrolla en nuestro favor, pues si bien es cierto que «la ciencia ha quebrado», para nuestros contricantes, no por eso ha dejado de ser un solo momento nuestra guía y nuestro apoyo.

La diferencia esencial que hay entre los mantenedores de la Iglesia y sus adversarios, entre los en-

vilecidos y los hombres libres, consiste en que los primeros, privados de iniciativa propia, no existen sino por la masa, carecen de todo valor individual, se debilitan poco a poco y perecen, mientras que la renovación de la vida se hace en nosotros por la acción espontánea de las fuerzas anárquicas.

Nuestra naciente sociedad de hombres libres, que penosamente trata de desprenderse de la crisálida de la burguesía, no podría confiar en el triunfo, ni siquiera hubiese nacido, si hubiera de luchar con hombres de voluntad y energía propias.

Pero la masa de los devotos y devotas, ajados por la sumisión y la obediencia, queda condenada a la indecisión, al desorden volitivo, a una especie de ataxia intelectual.

Cualquiera que sea, desde el punto de vista de su oficio, de su arte o de su profesión, el valor del católico creyente y practicante; cualquiera que sean también sus cualidades de hombre, no es, respecto del pensamiento, sino una materia amorfa y falta de consistencia, ya que ha abdicado completamente su juicio, y por la fe ciega se ha colocado de *motu proprio* fuera de la humanidad que razona.

III

Se ha de reconocer forzosamente que el ejército de los católicos tiene en su favor el poder de la rutina, el funcionamiento de todas las supervivencias, y sigue obrando en virtud de la fuerza de inercia. Millones de seres doblan espontáneamente las rodillas ante el sacerdote cubierto de oro y seda; empujada por una serie de movimientos reflejos, se amontona la muchedumbre en las naves del templo los días de la fiesta patronal; celebra Navidad y Pascuas, porque las anteriores generaciones celebraron periódicamente esa fiesta; los ídolos llamados la virgen y el niño quedan grabados en las imaginaciones; el escéptico venera sin saber por qué el pedazo de cobre, de marfil o de otra materia tallado en forma de crucifijo; inclínase al hablar de la «moral evangélica», y cuando muestra las estrellas a su hijo, no se olvida de glorificar al divino artífice.

Sí todas esas criaturas esclavas de la costumbre, portavoces de la rutina, son un ejército temible por su número: esa es la materia humana que constituye las mayorías, y cuyos gritos, sin pensamiento, resuenan y llenan al espacio cual si representasen una opinión.

Pero, ¿qué importa! Al fin, esa misma masa acaba por no obedecer a los impulsos atávicos; se la observa volverse indiferente a la palabrería religiosa que ya no comprende; no ve en el cura un representante de Dios para perdonar los pecados, ni

un agente del demonio para embrujar hombres y animales, sino un vividor que desempeña una farsa para vivir sin trabajar; lo mismo el lugareño que el obrero, no temen ya a su párroco, y ambos tienen alguna idea de la ciencia, sin conocerla todavía, y esperando, fórjanse una especie de paganismo, entregándose vagamente a las leyes de la Naturaleza.

* * *

No cabe dudar que una revolución silenciosa que descristianiza lentamente las masas populares, es un acontecimiento capital; mas, no ha de olvidarse que los enemigos más temibles, puesto que no tienen sinceridad, no son los infelices rutinarios del pueblo, ni tampoco los creyentes, pobres suicidas del entendimiento que se ven prosternados en los templos cubiertos por el tupido velo de la fe religiosa que les oculta al mundo real.

Los hipócritas ambiciosos que les sirven de guía y los indiferentes que sin ser católicos se han unido oficialmente a la Iglesia, los que hacen dinero de la fe; esos son mucho más peligrosos que los cristianos.

Por un fenómeno, al parecer contradictorio, el ejército clerical se hace cada vez más numeroso conforme la creencia se desvanece, debido a que las fuerzas enemigas se agrupan por ambas partes; la Iglesia reúne tras sí todos sus cómplices naturales, de los cuales ha hecho esclavos adiestrados para el mando, reyes, militares, funcionarios de toda especie, volterianos arrepentidos y hasta padres de fa-

familia que quieren criar hijos modositos, graciosos, cultos, elegantes, si bien guardándose con extrema prudencia de cuanto pudiera parecer un pensamiento

«¡Qué dice usted!—no dejará de exclamar alguno de esos políticos a quienes apasiona la lucha actual con las congregaciones y el «bloc» republicano, especie de fusión del Parlamento francés. — ¿No sabe usted que el Estado y la Iglesia han roto por completo sus relaciones, que los crucifijos y los corazones de Jesús y María se quitarán de las escuelas para ser substituídos por bellos retratos del presidente de la República? ¿No sabe usted que los niños serán en adelante preservados escrupulosamente de las antiguas supersticiones, y que los maestros laicos les darán una educación basada en la ciencia, libre de toda mentira, y se mostrarán siempre respetuosos de la humana libertad?

¡Ah! Demasiado sabemos que en las alturas surgen diferencias entre los detentadores del poder; sabemos que no están de acuerdo acerca del reparto de las prebendas y el casual; sabemos que la antigua querrela de las *investiduras* se continúa de siglo en siglo entre el papa y los Estados laicos.

Pero todo eso no impide que las dos categorías de dominadores, los religiosos y los políticos, se ballen en el fondo de acuerdo, aun en sus recíprocas excomuniones, y que comprendan de igual modo su misión divina con respecto al pueblo gobernado; unos y otros quieren someter por los mismos medios, dando a la infancia idéntica enseñanza, la de la obediencia.

IV

Ayer todavía, bajo la alta protección de lo que se llama «la República», eran los dueños incontables y absolutos. Todos los elementos de la reacción encontrábanse unidos bajo el mismo estandarte simbólico, el «signo de la cruz»; pero hubiera sido cándido dejarse engañar por la divisa de esa bandera; no se trataba de fe religiosa, sino de dominación; la íntima creencia era sólo un pretexto para la inmensa mayoría de los que quieren conservar el monopolio de los poderes y de las riquezas; para ellos el objeto único consistía en impedir a toda costa la realización del ideal moderno, a saber: *pan, trabajo y descanso para todos*.

Nuestros enemigos, aunque odiándose y despreciándose recíprocamente, necesitaban, no obstante, agruparse en un solo partido. Encontrándose aislados, las causas respectivas de las castas directoras resultaban excesivamente pobres, de argumentos demasiado ilógicos para intentar defenderse con éxito por sí solas, y por lo mismo les era indispensable coligarse en nombre de una causa superior, y recurrieron a su Dios, al que llaman «principio de todas las cosas» y «gran ordenador del universo».

Y por esa razón, teniendo por demasiado expuestos los cuerpos de tropas en una batalla, abandonan las fortificaciones exteriores recién construídas, y se reúnen en el centro de la posición, en la ciuda-

de la antigua, acomodada por los ingenieros a la guerra moderna.

* * *

Pero, extremadamente ambiciosos, los curas y los frailes, han incurrido en una imprudencia notoria; los jefes de la conspiración, dueños de la consigna divina, han exigido una parte demasiado ventajosa del botín.

La Iglesia, siempre insaciable en la rapiña, exigió un derecho de entrada a todos sus nuevos aliados, republicanos y otros, consistente en subvenciones para todas sus misiones extranjeras, en la guerra de China y en el saqueo de los palacios imperiales.

De esta manera se han acrecentado prodigiosamente las riquezas del clero; sólo en Francia han aumentado mucho más del doble en los veinte últimos años del pasado siglo; cuéntase por miles de millones el valor de las tierras y de las casas que pertenecen declaradamente a los curas y los frailes; y esto, haciendo caso omiso de los miles de millones que poseen bajo los nombres de señores aristócratas y viejos rentistas.

Los jacobinos ven con buenos ojos que esas propiedades se acumulen en las mismas manos, confiando en que un día, de un solo golpe, se apodere de ellas el Estado. Mas ese remedio cambiaría la enfermedad sin curarla.

Esas propiedades, producto del dolo y del robo, tornarán a la comunidad de donde fueran extraídas;

son una gran parte del gran haber terrestre perteneciente al conjunto de la humanidad.

* * *

En su excesiva ambición, las gentes de iglesia han cometido la torpeza, por otra parte inevitable, de no evolucionar con el siglo, y llevando además al lado de antiguallas, se han retrasado en el camino. Chapurrean el latín, lo que les ha hecho olvidar su idioma; deletrean la teología de Santo Tomás; pero esa trasnochada fraseología no les sirve gran cosa para discutir con los discípulos de Perthelot.

Es indudable que algunos de ellos, principalmente los clérigos americanos, en la lucha con una joven sociedad democrática, substraída al prestigio de Roma, han tratado de rejuvenecer sus argumentos, renovando un poco su antiguo esplendor; mas esa nueva táctica de controversia ha sido reprochada por la autoridad suprema, y el misoneísmo, el odio a todo lo nuevo, no se ha llevado el triunfo; el clero queda rezagado, con toda la horrible banda de magistrados, inquisidores y verdugos, poniéndose detrás de los reyes, los príncipes y los ricos, no sabiendo respecto de los humildes sino pedir la caridad en vez de un amplio y un hermoso sitio al buen sol que en la actualidad nos ilumina.

Ha habido hijos perdidos del catolicismo que han rogado al Papa que se declare socialista y se coloque atrevidamente al frente de los niveladores y de los hambrientos; pero en vano; los millones de

su «dinero de San Pedro» y su Vaticano es lo que les seduce.

* * *

¡Hermoso día fué para nosotros, pensadores libres y revolucionarios, aquel en que el Papa se encerró decididamente en el dogma de infalibilidad!

¡He ahí al hombre cogido en una trampa de acero! Ahí está, sujeto a los viejos dogmas, sin poder decidirse, renovarse ni vivir, obligado a atenerse al *Syllabus*, a maldecir la moderna sociedad con todos sus descubrimientos y progresos.

Ya no es otra cosa que un prisionero voluntario, encadenado a la orilla que dejamos atrás, y que nos persigue con sus vagas imprecaciones, mientras nosotros surcamos libremente las ondas, despreciando a uno de sus lacayos que, por mandato de su señor, proclama «la quiebra de la ciencia».

¡Qué alegría para nosotros! Que la Iglesia no quiera aprender ni saber, que permanezca para siempre ignorante, absurda y atada a ese lecho miserable en que yace, que ya San Pablo denominaba su locura: ¡en eso está nuestro triunfo definitivo!

Trasladémonos con la imaginación a los futuros tiempos de la irreligión consciente y razonada

¿En qué consistirá, dadas esas nuevas condiciones, la obra por excelencia de los hombres de buena voluntad?

En substituir las alucinaciones por observaciones precisas; en reemplazar las ilusiones celestes prometidas a los hambrientos por las realidades de una vida de justicia social, de bienestar, de trabajo libre; en el goce por los fieles de la religión humanitaria, de una felicidad más substancial y más moral que aquel con que los cristianos contentáanse hoy.

Lo que éstos quieren es no tener la penosa tarea de pensar por sí mismos y haber de buscar en su propia conciencia el móvil de sus acciones; no teniendo ya un fetiche visible como el de nuestros abuelos salvajes, empéñanse en poseer un fetiche secreto que cure las heridas de su amor propio, que les consuele en sus penas, que les dulcifique la amargura de las horas de malestar y les asegure una vida inmortal exenta de cuidados.

Pero todo esto de un modo personal: a su religiosidad no le preocupan los desgraciados que continúan peligrosamente la dura lucha de la vida; son como aquellos espectadores de la tempestad de quienes habla Lucrecio, que gozan viendo desde la

playa la desesperación de los náufragos combatiendo con las olas embravecidas; recuerdan de su Evangelio la vil parábola de Cristo que representa a Lázaro el pobre, «reposando en el seno de Abrahám, y negándose a humedecer la punta de su dedo en agua para refrescar la lengua del mal rico» (1).

* * *

Nuestro ideal de felicidad no es el egoísmo cristiano del hombre que huye viendo morir a su semejante y niega una gota de agua a su enemigo; nosotros, los anarquistas, que trabajamos por nuestra entera emancipación, contribuimos por esto mismo a la libertad de todos, aun a la de aquel mal rico, a quien libraremos de sus riquezas para asegurarle el beneficio de la solidaridad de cada uno de nuestros esfuerzos.

No se concibe nuestra victoria personal sin obtener por medio de ella al propio tiempo una victoria colectiva; nuestra ansia de dicha no puede satisfacerse sino con la dicha de todos, porque la sociedad anarquista, muy lejos de ser una corporación de privilegiados, es una comunidad de iguales, y será para todos una dicha inmensa, de la cual no podemos actualmente formarnos una idea, el vivir en un mundo en que no se vean niños maltratados por sus padres ni obligados a recitar el catecismo, hambrientos que pidan el céntimo de la caridad, muje-

(1) Lucas XVI.

res que se prostituyan por un pedazo de pan, ni hombres válidos que se dediquen a ser soldados o polizontes, desprovistos de medio mejor de atender a su subsistencia.

Reconciliados todos, porque los intereses de dinero, de posición de esta, no harán enemigos natos, los hombres podrán estudiar juntos, o tomar parte, si sus aptitudes personales se lo permiten, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; para acabar, gozarán de una vida libre, más amplia cada vez, poderosamente consciente y fraternal, librándose de este modo de las alucinaciones, de la religiosidad y de la Iglesia, y, por encima de todo, podrán trabajar directamente para el porvenir, ocupándose de los hijos, gozando con ellos de la Naturaleza y guiándolos en el estudio de las ciencias, de las artes y de la vida.

Los católicos pueden haberse apoderado oficialmente de la sociedad; mas, no son, no serán sus amos, pues sólo saben ahogar, comprimir y empequeñecer: todo lo que es vida se les escapa. En la mayor parte la fe ha muerto: no les queda ya sino la gesticulación piadosa, las genuflexiones, los *oramus*, el repaso del rosario y el coronamiento del libro de oraciones. Los buenos curas se ven obligados a echarse fuera de la Iglesia para encontrar un asilo entre los profanos, es decir, entre los confesores de la fe nueva, entre nosotros, anarquistas y revolucionarios, que vamos hacia un ideal y que trabajamos gozosamente en su realización.

Fuera, pues, de la Iglesia, en absoluto fracasada para todas las esperanzas grandes, cúmplase todo

lo grande y generoso. Y fuera de ella y aun a pesar suyo, los pobres, a quienes los curas prometían irónicamente las riquezas celestiales, conquistarán por fin el bienestar intelectual. A pesar de la Iglesia se fundará la verdadera Comuna, la sociedad de los hombres libres, hacia la cual nos encaminaron tantas revoluciones anteriores contra los reyes y contra los curas.

A los campesinos

I

La economía política no tiene ya otro argumento que el insulto y la metralla contra el obrero que reclama el producto íntegro de su trabajo. Es sabido. No hay ya equívocos posibles: ¡o el reinado de la violencia o el advenimiento de la justicia!

Si la sociedad se compone de individuos que no tienen otro ideal que la lucha por la existencia ni más justicia que el derecho de la fuerza, los pobres y los débiles son de los que de ellos se apoderan.

Con arreglo a las necesidades o los apetitos de su dueño, han de servir de carne de cañón, de carne de máquina o de carne de placer; han de vivir para enriquecer a otro y satisfacer con creces sus caprichos, considerándose dichosos y satisfechos si su amo les concede de vez en cuando un pequeño desahogo en medio de su miseria.

Pero si la justicia ha de regular las relaciones entre los hombres, si todos tienen el mismo derecho a la vida, al bienestar, al libre desarrollo de sus facultades, se ha de confesar entonces que la esclavitud industrial es una monstruosidad llamada a desaparecer.

El explotador ni siquiera trata de razonar para demostrar al proletario que hace mal en querer ser libre. Por desgracia, son los esclavos mismos los que, desconociendo su propia fuerza y hallándose bajo la continua influencia del hombre, no aprendieron aún a asociarse para la organización de la industria y para substraerse, ellos y sus familias, a tan insoportable servidumbre.

* * *

Pero la luz se hace. Allí donde hay una fábrica, cunde la propaganda entre las clases trabajadoras. Puédesse decir que todo el mundo industrial es una especie de inmensa escuela a la vez que un laboratorio de observaciones y experimentos.

El obrero aprende más cada vez, y como en todos los lugares del universo empieza a ser de igual modo comprendida la justicia, la coalición de los que sufren se realiza espontáneamente.

Por el solo hecho de reiflexionar acerca de su situación y de pensar en los medios de salir de ella, todos los obreros de la creación se ven irresistiblemente arrastrados a formar en nuestras filas.

Hemos dicho todos los obreros. Y lo repetimos : todos, incluso los trabajadores del campo.

Hasta ahora, nuestros adversarios tuvieron a los campesinos por su más seguro apoyo. Alababan en todos los tonos la virtud de esos buenos aldeanos que no se molestan en pensar y aceptan dócilmente la consigna que tienen a bien darles el alcalde o el sacerdote católico.

No siendo suficiente para sus fines la adulación, añadían la calumnia y la mentira. Había gran empeño en azuzar al trabajador del campo contra el obrero de la ciudad, pintando a éste como una fiera pronta a arrojarse sobre un trozo de tierra; nunca acababan de hablarle de los repartidores.

El inocente campesino se enfurecía contra estos supuestos repartidores de su campo; que era lo que buscaban los burgueses.

* * *

Desgraciadamente para nuestros adversarios, esa farsa ya no produce ningún efecto, y tendrán que buscar otra, si pueden.

En primer lugar, la mayoría de los campesinos de Europa no son bastante ricos para que hayan de enfurecerse contra los repartidores de bienes.

¿Por qué ha de encolerizarse contra ellos el miserable jornalero que no puede levantar una paletada de tierra que sea suya?

Sólo el propietario puede hoy permitirse el lujo de indignarse con tal motivo. El obrero no tiene tierras que perder, y no es cosa que le asuste en gran medida la idea de partir la miseria con la riqueza del gran señor territorial.

¡Tengan, pues, mucho cuidado los amos con su propaganda, porque se exponen con ella a que les dé resultados completamente distintos de los que esperan!

* * *

Y no es esto todo.

El mismo pequeño propietario y el humilde campesino que posee buenamente alguna fanega de tierra, cuyos títulos de propiedad guarda bien en regla en el fondo de su armario, se preguntan si es cierto que el obrero de las fábricas quiere arrebatárles su cosecha.

Le dicen que la propiedad debe ser la recompensa del trabajo, y no se resiste a creerlo; mas, cuando ve que la inmensa hacienda de su rico vecino, el embajador o el banquero, se va redondeando de un año para otro, no puede menos de preguntarse en lo más recóndito de su corazón:

«¿Es con su propio trabajo o con el ajeno con el que ese gran propietario aumenta de tal modo sus rentas y sus tierras? ¿No sería acaso él el verdadero expoliador, el verdadero enemigo, pues, sin haber tocado azadón ni pala en su vida, él es quien se enriquece, dejando en la mayor miseria a sus infatigables trabajadores, que se levantan a diario antes del amanecer?»

Suponiendo que los trabajadores sean esos saqueadores que le han pintado, no ve, en verdad, que se acuerden de ir a saquear los campos, mientras que su poderoso vecino, mucho más terrible que ellos, no tiene otro afán que desposeerle de sus surcos y arrebatárle su choza.

* * *

Nadie podrá nunca llegar a formarse una idea exacta de la energía, de la perseverancia, de la as-

tucia que emplea el campesino para conservar su pedazo de tierra. A fuerza de trabajo consigue hacer fértil un campo que los señores de otro tiempo tenían inculto; a fuerza de sobriedad llega al extremo de no contar su alimento en los gastos diarios de su existencia; a fuerza de economía encuentra el medio de disputar parcela a parcela su trozo de terreno al capitalista.

Tanta es la previsión del campesino en la contienda por la posesión del suelo, que hasta ha sabido dominar sus sentidos y limitar a dos o tres el número de los hijos que han de heredarle.

Mas, ¡cuántas veces el resultado de tantos esfuerzos no es sino un desastre horrible!

En lo que la fuerza del dinero es suficiente para formar grandes feudos, todo el trabajo, toda la abnegación del campesino se agotan inútilmente, y su pequeño patrimonio va a perderse en los inmensos dominios de su señor.

Todo el mundo sabe que en Inglaterra la clase de los pequeños trabajadores ha acabado por verse completamente privada de la posesión del suelo y que todo el país se halla acaparado por un reducido número de propietarios que de año en año disminuye. Hace veinte años eran cuarenta mil; hoy no llegan a treinta mil; y si la concentración de las riquezas hubiera de continuar de igual manera, sin que el pueblo creyese oportuna su intervención, toda Inglaterra acabaría por estar en manos de un solo dueño o de un solo Banco.

II

¡Cuán ínfimos, cuán vanos deben parecernos los esfuerzos del pequeño campesino para conquistar algunos surcos de tierra o unos cuantos árboles, si lo comparamos con la potente absorción del terreno por el capital!

Así es como en Irlanda, en ese país en que hay propietarios de vastos dominios que pueden satisfacer su capricho de hacer plantar en ellos millones de árboles, vemos a algunos infelices famélicos disputarse insignificantes parcelas de tierra, pequeños cuadrados rodeados y cubiertos de malas hierbas.

El frenesí de la herencia llega a tal extremo, que muchas veces luchan con furor por la propiedad de un verdadero mito, de algo menos que nada.

El viajero Emerson Tenent, cuenta que un tribunal de la Punta de Gales hubo de sentenciar no ha mucho un pleito sumamente intrincado acerca de la dos mil quinientas vigésima parte de diez cocoteros.

Y no es sólo en la isla de Ceilán donde el pobre propietario se deja arrastrar a tales majaderías.

Por otra parte, haga lo que quiera el pequeño labrador se halla de antemano condenado a sucumbir ante las imposiciones del capital, si se empeña en

seguir combatiendo en el aislamiento en que hoy se ve, si continúa viviendo en el régimen actual de la propiedad privada.

Los trabajadores agrícolas de Inglaterra así lo han comprendido ; por eso han formado esa coalición merced a la cual van de victoria en victoria contra los terratenientes, habiendo, más pronto o más tarde, de acabar por asegurarles la propiedad colectiva del terreno.

Esa gran asociación de los trabajadores agrícolas es probablemente el acontecimiento más trascendental de este siglo, aun cuando los oradores de nuestras asambleas no se hayan dignado decir nada respecto a ella.

De hoy más, los campesinos y los otros obreros, que hasta la fecha no se conocían, son impulsados en la misma dirección ; unos y otros están de acuerdo en reivindicar la posesión de los instrumentos de trabajo, es decir, la tierra y la fábrica.

* * *

«El amor de la propiedad personal — dicen los economistas—es en tal manera inherente a la naturaleza humana que, suprimiendo el derecho de transmisión de la tierra por la herencia, se suprime a la vez el estímulo al trabajo y, por consiguiente, la sociedad.»

Lástima es que tal argumento se estrelle al chocar con los hechos.

Los rusos y los servios son tan hombres como los franceses, suizos y alemanes ; y sin embargo, ¿no

es allí el municipio el único dueño de la tierra? ¿No hace éste de ella un nuevo reparto cada vez que, a consecuencia de los nacimientos y las defunciones acaecidos en la localidad, las partes proporcionales de las familias son ilegales? ¿Acaso no son inútiles entre todos esos repartidores las cercas y los mojones? ¿Por ventura la falta de las paredes medianeras no produce justamente el resultado de suprimir las disputas y pleitos que tan frecuentes son entre nosotros?

La historia de millones de hombres está aquí para demostrarnos que *es completamente posible que el hombre trabaje con interés sin necesidad del aliciente de dejar a sus hijos la propiedad exclusiva de algunas fanegas de tierra.*

Haciendo caso omiso de las comunidades agrícolas que prosperan en Inglaterra y en los Estados Unidos, que todavía no tienen en favor suyo la sanción de una larga duración, tenemos las *zadrugas* de todos los pueblos esclavos de Austria y Turquía, que nos brindan el ejemplo de sociedades que viven felices sin aliciente de la herencia.

Estas asociaciones, compuestas de diez a sesenta personas, constituyen pequeñas repúblicas que discuten sus asuntos con toda libertad y escogen sin intervención exterior de ninguna especie la directora de la casa y sus agentes.

Cuando una de estas asociaciones familiares llega a ser demasiado numerosa se subdivide, formándose una nueva por completo independiente de la primera.

Todas las *zadrugas* de un mismo distrito se ayu-

dian mutuamente ; cuando se trata de acabar un trabajo que corre prisa, toda la población pone manos a la obra y la tarea se acaba en medio de cantos y gritos de alegría.

Lo propio tenía lugar en otro tiempo en la Europa occidental ; pero el derecho romano, el derecho feudal y el poder del Estado, puestos al servicio del interés particular de los nobles burgueses, han poco a poco cambiado el régimen de la propiedad.

En Francia, de igual modo que en Suiza, Italia y España, hay muchos terrenos llamados comunales ; pero, en Francia por lo menos, esa supuesta comunidad es la mayor de las ironías. Tan bien guardado está el suelo por los reglamentos, ordenanzas y denuncias, que permanece siempre inculto y la infortunada campesina, seguida siempre por la desconfiada mirada del gendarme, apenas se atreve a llevar a pacer en él su asno a pesar de no poder éste alejarse en torno de ella más que lo que da de sí la longitud del ronzal.

* * *

Pero no se trata ahora de restaurar el antiguo régimen de la propiedad patriarcal o comunal. El mundo no tiene por qué retroceder. El cultivo del suelo se va poquito a poco transformando en un trabajo industrial como la explotación de las minas y la elaboración de las primeras materias ; de igual modo que las otras industrias, dicho cultivo se va desbarazando gradualmente de las prácticas rutinarias, que reemplaza por medio de los procedimien-

tos científicos ; como la mina de hulla o la filatura de algodón, se ve obligada a simplificar las operaciones con ayuda de la división del trabajo ; en una palabra, la tierra se va convirtiendo de día en día en una gran fábrica de producción agrícola en que cada parte es un mecanismo especial y en que cada trabajador tiene de antemano señalado el papel que ha de desempeñar.

«La asociación agrícola es cosa imposible»—dicen los economistas, en contra completamente de la verdad.

El trabajo aislado del labrador va siendo cada vez más ruinoso: la agrupación de los trabajadores se va haciendo más indispensable cada vez. Lo que falta ver es si deben mirarse como galeotes bajo el látigo del capataz o si deben trabajar en la obra común como asociados libres.

En comparación de lo que será la cultura industrial y científica, ¡cuán pobre es la explotación de la tierra basada en el mezquino sistema de la propiedad individual!

Cada uno trabaja sólo para sí, sin método, sin idea, sin discernimiento. Llevado del espíritu de rutina, el campesino sólo piensa en hacer producir a su terreno las cosechas de costumbre, aunque el suelo y el clima no sean adecuados a ellas; el rudo labrador quiere arrancar a la tierra las espigas o los racimos que sus padres de ella sacaran.

Los cultivos, abigarrados con los colores heterogéneos, en lugar de dividirse en graciosas curvas, siguiendo las líneas de nivel y los accidentes del terreno, constituyen paralelogramos extraños, encajados unos en otros y cuya forma implica la ausencia de todo método científico. Las aguas corren al azar;

aquí, el labrador deja que sus campos se conviertan en verdaderos pantanos, y ve estoicamente cómo las inundaciones destruyen sus cosechas, sin hacer nada para evitarlo; allí, sus terrenos permanecen yermos a causa de la sequía, teniendo un río a pocos metros de distancia. La mayor parte de agua corre hacia el mar, sin que nadie piense en aprovecharla, cuando no debería desperdiciarse ni una gota de ella.

* * *

Para formarnos una idea de la revolución que se ha de producir y qué de día en día se va produciendo en la agricultura, gracias a la aplicación de los métodos científicos, tomemos como ejemplo toda una región natural, una cuenca hidrográfica, en su conjunto.

Aquí ya no se trata de la rutina del labrador; es menester, además, que la ciencia conozca perfectamente el suelo para utilizar toda su fuerza productiva.

El *geógrafo* y el *meteorologista* deben indicar la sucesión probable de las temperaturas y de las presiones barométricas en cada uno de los puntos de la cuenca; ellos son los que han de trazar las líneas de igual temperatura, *isotermas*, e indicar con exactitud el grado de las pendientes.

El *geólogo* y el *químico* deben estudiar el origen de todos los terrenos, analizar y dosificar sus componentes y proponer las mezclas más a propósito para cada género de cultivo.

El *hidrólogo* debe buscar los manantiales ocultos,

apreciar el caudal de todas las aguas, medir su velocidad, trazar los canales de riego, preparar todo el sistema arterial y venoso en toda la cuenca hasta su desembocadura en el llano o en el mar.

El *ingeniero* debe construir los canales, los puentes, los caminos de explotación, las máquinas de vapor, las presas y todo el inmenso mecanismo de los terrenos de cultivo.

Los *agrónomos*, por fin, débense ocupar de los abonos y de las siembras y plantaciones. Si una parte del terreno se ha de plantar de bosque para que dé el máximo de productos, será cubierta de árboles; si otra parte es más a propósito para los cereales, las viñas, las plantas forrajeras, los árboles frutales o la hortaliza, se destinará a las plantas cuyo desarrollo pueden favorecer las condiciones del suelo, de las aguas y del clima, y es menester que los *estadistas*, los *economistas* y los *industriales* encargados del transporte, se ocupan de averiguar si tal o cual cultivo, demasiado extendido ya en otra comarca, corre el riesgo de ser en extremo abundante, y de si sería preferible substituirlo con otra producción más útil a los intereses de la sociedad.

* * *

La agricultura de este modo practicada exige el concurso de todos; todas las fuerzas intelectuales deben ser empleadas en hacer que el dominio común del hombre sea lo más productivo posible.

Obrando de tal manera, la producción aumentará

de un modo sorprendente, como lo prueban los resultados del cultivo industrial en las extensas haciendas de los agrónomos ingleses.

La grande industria, ayudada por la ciencia, ha concluído con la pequeña industria; la grande agricultura no puede menos de dar fin de la pequeña.

¡Manos a la obra, campesinos! Si deseáis ser libres, si no queréis sufrir la suerte del peón o del esclavo, apresuraos, aun estáis a tiempo, ¡mañana tal vez sea tarde! ¡Asociaos, uníos todos para poseer en común la tierra, antes que la banca se apodere de ella! ¡Ayudad al obrero a ser dueño de sí mismo, que él os ayudará a su vez a emanciparos! ¡Convenceos de que vuestra causa y la suya son una!

* * *

No quiero terminar sin recordaros una anécdota que cuenta la friolera de dos mil años.

Cuando Epaminondas hacía edificar la ciudad de Megalópolis en el centro del Peloponeso, sus futuros habitantes pidieron a Platón que les dotara de leyes modelo.

—Con mucho gusto—dijo el filósofo.—Mas, ¿habrá propietarios entre vosotros?

—Claro que sí—se le contestó.—Cada cual tendrá su campo y podrá cercarlo.

—Entonces, inútil es que os dé leyes. Edificad vuestra población. Otros se cuidarán de arrasarla sin que vosotros sepáis defenderos.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El porvenir de nuestros hijos	5
La Anarquía y la Iglesia	13
A los campesinos	34

Digitalizado por
Humanidad
periódico libertario
[Http://www.humanidad.webcindario.com/](http://www.humanidad.webcindario.com/)

LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS

A 35 y 65 céntimos cada tomo (*)

- 1 Pedro Kropotkine.—Un siglo de espera.—El gobierr.
revolucionario.
- 2 Eliseo Reclus.—El porvenir de nuestros hijos.
- 3 Miguel Bakounine.—El patriotismo.
- 4 Carlos Malato.—Antes del momento.
- 5 Julio Guesde.—La ley de los salarios.
- 6-7 Herbert Spencer.—Demasiadas leyes.
- 8 Juan Grave.—Educación burguesa y educación liber-
taria.
- 9 A. Schopenhauer.—Los dolores del mundo.
- 10-11 C. León Tolstoy.—Lo que yo pienso de la guerra—
(¡Despertad!).
- 12 E. Malatesta.—La anarquía.
- 13 Ernesto Renan.—El liberalismo clerical.
- 14-15 Luisa Michel.—La Commune.
- 16-17 Pedro Kropotkine.—Los tiempos nuevos.
- 18 Federico Engels.—Socialismo utópico y socialismo cien-
tífico.
- 19-20 Emilio Littré.—El árbol del bien y del mal.—La idea
de justicia.
- 21-22 Carlos R. Darwin.—Las facultades mentales en el hom-
bre y en los animales.
- 23-24 Emilio Zola.—Estudios críticos.
- 25-26 Flammarión.—Un viaje por los cielos.
- 27-28 Pablo Lafargue.—El derecho a la pereza.
- 29 al 32 J. Novicow.—El porvenir de la raza blanca (2 tomos).
- 33 E. Vanderveelde.—El socialismo agrícola.
- 34 Samuel Smiles.—La disciplina de la experiencia.
- 35-36 Ernesto Hæckel.—Maravillas de la vida.
- 37 E. Malatesta.—Entre campesinos.
- 38 Max Nordau.—Crítica contemporánea.
- 39-40 Augusto Bebel.—Socialización de la sociedad.
- 41 al 44 Carlos Albert.—El amor libre (dos tomos).
- 45-46 C. León Tolstoy.—Nuevas orientaciones.
- 47-48 Juan Jaurés y Pablo Lafargue.—El concepto de la
historia (controversia).
- 49-50 Proudhón.—Psicología de la revolución.
- 51-52 Kropotkine.—El Estado.
- 53-54 Mæsterlinch.—La justicia.
- 55-56 Nietzsche.—Opiniones. (Para todos y para nadie).
- 57-58 P. Sala.—La revolución intelectual.
- 59 Pedro Kropotkine.—La moral anarquista.
- 60 Pedro Gori.—La anarquía ante los tribunales.
- 61 E. Malatesta.—En el café.
- 62-63 Juan Grave.—La sociedad del porvenir.
- 64-65 Gustavo Hervé.—La humanidad futura.
- 66-67 Albert Richart.—Manual del socialista.
- 68-69 Juan Jaurés.—La paz y el socialismo.
- 70 Carlos Malato.—Desenvolvimiento de la humanidad.
- 71-72 Pablo Lafargue.—Por qué cree en Dios la burguesía.
- 73-74 A. Hamón.—La revolución a través de los siglos.
- 75-76 Antonio R. Zúñiga.—El apostolado de la mentira

(*) Los tomos de 35 céntimos comprenden un número; los de 65, dos